



TEATRO

000 202368

"DELMIRA". Desde su fundación, en 1947, la Comedia Nacional uruguaya nos había visitado sólo una vez antes, hace 32 años. Ahora trajo una versión de esta obra del dramaturgo oriental Milton Schünca sobre la condición personal y artística de Delmira Agustini, importante poeta de ese país, adelantada a su tiempo, primera divorciada del Uruguay que en 1914 fuera asesinada a balazos por su marido poco más de un mes después de la boda. La personalidad extremadamente rica y compleja de esta mujer es recuperada en trazos breves e intensos (la obra dura una hora) a través de personajes y situaciones que emergen de una especie de desván o vieja caja de muñecas, un espacio atemporal en que se

resumen circunstancias cruciales de su vida. Aquí Delmira es dos actrices en escena simultáneamente, reflejando de este modo su personalidad dual, contradictoria. Ello permite asimismo una gran agilidad dramática. El montaje, dirigido por Dumas Lescena, logra en esta sucesión de imágenes evocativas un ritmo cinematográfico; el tratamiento del discurso escénico, muy estilizado y preciso, pudo también recordar una estructura musical, como una sonata a varias voces de apasionado y fatal romanticismo. Con esta puesta de gran refinamiento expresivo, la Comedia Nacional mostró el alto nivel de oficio y madurez artística que ha alcanzado en 40 años de trayectoria.

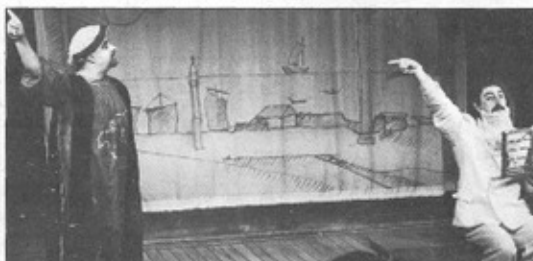
"EL AVARO". Partamos de la base de que Molière hecho por Vidiella y compañía y bajo la dirección del talentoso Ramón Griffero es sin duda un acontecimiento teatral en nuestro medio. Griffero propone otro nuevo juego teatral sobre el texto (la pluma de Molière parece soportar y servir de pretexto para casi todo), llenando el escenario con imágenes, referencias y parodias de diversos estilos, rompiendo lúdicamente las convenciones realistas. El resultado es renovador, en general atractivo y por momentos con hallazgos brillantes; sus logros ya se han destacado con entusiasmo. Pero también hay 'peros'. En una opción semejante, que prefiere el tono farfesco y privilegia el impacto visual, se corre el peligro de que la avaricia, en vez de la condena moral que propone el autor, se convierta en algo inofensivo y hasta divertido; sobre todo si en el sencillo sistema ético que retrata Molière, los jóvenes y el amor —que son la puerta de salida al antiavaro— son

amablemente ridiculizados en escena. Esto podría superficializar y negar en sí misma la experiencia artística. La amenaza mayor es el pecado de exceso. Durante la representación uno se pregunta si realmente es necesaria tan abigarrada reunión de elementos provenientes de las fuentes más diversas, para hacer catterendo a Molière: mirando la platea, se percibe que reacciona positivamente los más de los veces al ingenio moliéresco. Ninguna de estas consideraciones puede pesar desde luego en la acogida de gran público. Con mayor o menor suerte y recursos el elenco se adapta a las exigencias de la versión, pero nos gustan especialmente los trabajos de Silvín Santelices, Alvaro Pacull y Aldo Bernal. En Harpagón, especie de avaro-clown-gallina según esta puesta, Vidiella retorna al histrionismo expansivo en que se siente tan cómodo, aun cuando entre su desempeño y el del resto de los intérpretes se advierte cierta desmesura.

ACTO CULTURAL

Derrasado a menudo nuestros teatristas —con el apoyo del público y de la prensa— tendiendo a "asimetrar" sus experiencias, convirtiéndolas consecutivamente en producto de consumo tan fácil como olvidable a través del humor, en aras de la entretención. Parece olvidarse que el teatro es primero que nada un espacio de confrontación y reflexión, y que un montaje es un objeto de arte con sus leyes propias que deben ser impuestas y defendidas desde el escenario. Este estreno de El Nuevo Grupo hace de la admirable obra del venezolano José Ignacio Cabezas (el mismo de quien montaron antes la exitosa "El día que me quieras") un esfuerzo consciente por rescatar esa dimensión. El texto, de un espléndido barroquismo verbal, muestra la representación —teatro dentro del teatro— mal hecha por los miembros de una institución cultural pueblerina, de la pieza "Colón Cristóbal, el genovés alucinado". Propone un ácido comentario sobre la cultura latinoamericana —o la "acultura", por las influencias europeas— entrelazada con el retrato de estos seres

tristes y estáticos que sueñan con la posibilidad remota de un cambio, un Mundo Nuevo (lo que conlleva una lectura política y otra existencial). Nada habría sido más fácil y rápido que hacer la parodia de una mala representación. En cambio la disociación de Alejandro Castillo busca para cada instante soluciones no realistas y originales. La puesta se toma su tiempo con un ritmo pausado para transmitir el rito vacío de esos personajes espectrales somidos en el más profundo inmovilismo. Admitamos que nos aburrimos en la primera media hora, porque las claves se demoran en ser dadas. Propuestas las reglón, fluye con fascinación una multitud de signos sugereanos, lo mágico, el humor y el bello verbo de Cabezas (que trae al recuerdo a García Lorca y García Márquez). En tal enfoque la actuación es pilar fundamental y el elenco cumple la tarea en forma notable. La escenografía de Alejandro González también merece elogios. La experiencia se erige como una de las más rigurosas y creativas artísticamente en lo que va corrido del año teatral.



coron n° 281, tipo, 9.11.84 (Pedro Labra)

2717

Teatro [artículo] Pedro Labra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Labra Araya, Pedro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Teatro [artículo] Pedro Labra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile